

86

44

ERTO IGLESIAS HEVIA



HOJAS

DE

UN

NOVIEMBRE

FUNERARIO



860-1

IG2

POESIA



FORNITORE GUSTAVO BERGAMINI
UN NOVEMBRE
FUNERARIO



ISTITUTO DI STUDIUM UMANO
BIBLIOTECA

ROBERTO IGLESAS HEVIA

HOJAS DE UN NOVIEMBRE
FUNERARIO

© EDITORIAL CLA (Comunicación Literaria de Autores).
Editor - propietario: Valentín Graña Pérez. - Incluida en el
Registro de Empresas Editoriales con el número 777. - Di-
rección postal: Avda. Hurtado de Saracho, 14 - 1.º A. Apar-
tado de Correos 651. Bilbao (España)

GRAFICAS AYALA - Santuchu, 106 - BILBAO - 6

Depósito Legal: BI 1807.1973

I. S. B. N. ° 84 300-5835-4

INTRODUCCION A UNA LIRICA DE TERREMOTOS MENTALES

Desde la barricada de las nuevas tendencias estéticas, el poeta Roberto Iglesias Hevia —firmante ahora de esta lírica de átomos vitales— se ha doctorado en el acervo anímico, como aquél que tiene nostalgia de su soledad.

Son los suyos versos para leer y meditar cuando se está sublimado por el vino. Látigos de lucidez. Ráfagas sabrosas. Texturas confidenciales. Hay en su pluma el riesgo y la ventura de estos carajos de la vela. Impactos que se encadenan como esotéricas vírgenes que han hallado el coito y no se lo sospechan. El lector penetra en tal selva a darse un paseo (la crítica le menoscaba, los árboles le pegan), pero no a estropearse (la incógnita redime). Tampoco quintaesencias para pasarse el rato: aquí hay quimeras, ojos abiertos contra la desgana que el inquieto denostador apremia para privilegiarse. La polémica se esfuma, pero queda ese indefinible algo del suspiro terráqueo. Nos impermeabilizamos frente al mojado sueño, pero el barro que piensa gusta de gotear el ámbito intra-íntimo, a semejanza de lo que le recrea, como un asunto privado que tiene su boquete en el corazón.

Con él, los cantos de la tempestad del viajero goethiano. El testimonio macerador. Las verborreas del intelecto. Las pinceladas de actuario del arte poética parece que le posesionan (y nadie sabe por qué). Acierta con el esoterismo para perderse con el hermetismo. No cabe duda que hay ritmo y sentido, intuición mítica, notabilidad de disposición, arenas que perfuman la salida hacia... (¿?). Va desde las rabetas de un niño mimado que prefiere repentizar la madurez hasta el petróleo con que se emprende la ventura del oler mal. A unos y otros: el dilema nunca ha culminado. Poetiza con el leve toque del alumbrar al huérfano en el secano. Autobiografismo como debe ser: los cardos también florecen por las gargantas umbrosas. Cuando serpea por un verso, ese tic le desnuda a uno y le conmueve. ¿Puede ser todo esto la revelación de un escritor —con ganga a evitar—, pero escritor al filo? Escribe con los hoscos látigos del ocaso. Con la dureza participada desde un avión terráqueo desconocido le encuentro. Roberto necesita saber los por qué, ¿porqué?, pues poque en su mundo ocre reinan las bocas más hondas. Hace falta ser prestidigitador para banderillar a la masa encefálica. Con una cadena manual de silenciosas raíces alrededor del mundo ¿se puede reducir lo absoluto? La desigualdad normal en un libro que se escribe a retazos, con toscos bocetos, nos demuestran que la calidad también tiene sus altibajos. Donde hay comunicabilidad... hay disgusto. (Ello prueba el estilo de la penetración). ¡Ah!, el toquecillo hádico de la gracia, a veces, ¿dónde está? Aquí está.

Me solidarizo plenamente con el autor poético de «**Hojas de un noviembre funerario**», que hace una entrañable investigación del desecho humano relajando la fú-

nebre sonrisa de sus labios. Roberto Iglesias —en el juzgado de guardia del que se escribe poemas entrañablemente «para el asilo celestial de los sepulcros— supera con creces los falsos paraísos crítico-eruditos con los condimentos observadores del artista creador.

Y eso que su «conciencia de difunto» lo hace

«vomitar con rabia

hasta desangrarse por la viva libertad

y por la futura alba planetaria».

La parte que más me fascina del poeta Iglesias es la confusión (no la ceguera) que tiene sobre sí mismo. Esto, que no es negar al artista, supone en él la búsqueda, la insatisfacción y el irracionalismo de lo que, y cuanto, llevamos dentro. No hay poeta perfecto aunque obtenga el control de los materiales con que escribe. Pero sí existe la clara diferencia de la miopía creadora o de la compostura humana de la creación en el solo de trompeta que es el poema. Iglesias Hevia —con su nivel de exigencia en tan novísima divisa— ve el reflejo de los conciertos cordiales como se accede a colaborar con ese mosquito que le hiciera cosquillas sobre la inspiración de lo vivido.

Sigue hablando, Roberto Iglesias Hevia, sobrino del film de la naturaleza, micromundo emotivo, que tu desbordante vitalidad de vampiro estético no ha de perder la causa; no dejes de permanecer a la mano de las vivencias de tu pluma; y así no desoiremos tu desusual comunicación.

Esto lo dice:

MARIO ANGEL MARRODAN

a mi abuela Eulalia,
que murió.

or my school books,
and my notes.

Si no has muerto tú mismo una vez tan siquiera,
solamente un instante, por que sí, porque nada,
porque todo, por eso, porque el hombre se muere,
entonces amiguito no sigas adelante.
Y muérete enseguida. Pero en serio. Del todo.

Angela Figuera Aymerich

En el cemento silente
caen los sollozos con música de cámara;
una neblina acre cubre su ceniza
y se repite el vuelo
embridados por un viento planetario.

Las uñas ocres del verano están
clavadas en el corazón crepuscular de la galaxia
y cuando el otoño asoma
regresa la amargura definitivamente encarcelada,
muertes antiguas tapan la ciudad,
muerden los pies y el esqueleto,
como las hojas de un noviembre funerario.

Bajar a la calle
es hundirse en hojas lacrimantes,
descubrir un racimo de muertos ancestrales
en las ramas desnudas de los árboles.

Luego paseas la esperanza
un poco por costumbre,
huyes de las estatuas carcomidas
y de las plazas apestadas,
de los tantos mil pares de ojos de miseria.

tal vez comienza a llover
y entonces
uno se quita la mirada,
se come las uñas de vuelta a casa
sintiéndose más cercano al absoluto,
más justamente muerto.

Un viento oscuro
empuja su fuego alimenticio
hacia las fauces del otoño
como estampidos de nostalgias.

Algo erróneo
sucede en las paredes silenciosas
del envilecido infolio de la vida.

Las hojas cobrizas
vienen sobre el hombre
y, lentamente, hunden su garganta
envolviéndole en funeral,
regresándole a su sombra
de bordes de ingrávigo alquitrán

Sobre nosotros
llueve polvo de cipreses
estrangulados,
asesinados,
quemados,
ahogados,
matados,
dinamitados,
apuñalados,

sobre nosotros todos los cipreses
muertos
llevan un nido entre las ramas,
un nicho para el corazón:

el tuyo
el tuyo
el tuyo
y el mío de hombres olvidados.

En nombre de las bellas mentiras
vamos hacia el tiempo de todos los cipreses
hacia la lírica del átomo

vamos hacia el tiempo del hágase la nada,
de convertirse en adjetivo misterioso.

Ese impreciso otoño
de gorriones asfixiados en el cielo,
nos retorcerá el cuello formalmente
y una mañana por la mañana
los perros ladrarán a las hojas
en nombre de las bellas mentiras.

Todas las noches
oigo latir violentamente,
como ametralladoras,
a tres millones de corazones
insertados entre asfalto y polen.

Todas las noches el mío,
cansado y tal vez vencido,
se escapa y retumba por la alcoba
como un loco.

Todas las noches me devoro.
Todas las noches me salen cirios blancos
por los poros.

Todas las noches llanto,
visible griterío,
y la única diosa omnipotente
viene a arrendar
un coto personal de sangre humana.

Pudrirse lucidamente
mirándonos doblemente en el espejo
retrovisor del automóvil
por las calles de un contaminado planeta
sentimental,
volver a caer de otro maldito vientre de Dios,
seguir funerariamente en pie,
olvidar que olvidamos que olvidamos...

madre mía, es acostumbrarse a morir.
Acongojado te digo que me asfixio,
que esto es demasiado para tu hijo sólo;

sé que piensas en mi,
que lloras tus dolores en la vírgula
de la muerte,
sonriendo en secreto, siempre bella,
pero hay días que busco tu dulce vientre hermoso,

hay días que deseo
volver al dulce vientre hermoso de mi madre.

La calavera del sol
empapa mi sudario,
simulacro de piel con pelo negro,

tengo el corazón anestesiado
y una primavera desteñida
sostiene mi vertical cartílago de hombre.

Esto es vivir con los otoños,
abrazado por la carcoma parabólica de un astro,
en una tierra desollada,
yo,
simple y mortal hoja transeúnte.

Una hoja catalítica
deja a mis viglias sin oxígeno.

Me siento vegetal,
aquí tendido, fumando nicotina,
sobre un jergón inmenso,
en esta habitación repleta de hojas.

Pasan los segundos enlutados
mientras un recuerdo azul
postula formol para mi cadáver perfumado.

Será el día elegido
cuando una horrible hoguera crepita
por todo el continente,

el nivel de las aguas bajará
irremediabilmente
a la mitad,
y flotarán peces de todos los colores
como una losa feroz y fragmentaria.

El humo ocultará los firmamentos
y la pira de hojas como huesos
sacudirá impasible
las vértebras podridas del planeta.

Ahora,
mientras grito en el perfil de los cipreses,
el espanto es cósmica conturbación,
más que náufrago en aguas impotables,
cercado de catástrofe.

Calienta un ascua descarnada
de luna de hoja,
de ojo calino de ciprés,

un cingulo de hojas amarillas
me aprieta en la cintura
y es de noche
cuando emergen por las grietas
flores de vinagre.

II
11 (Sto. No 1972)

Ahora,
mientras viro en el perfil de los cipreses,
el espanto de cósmica conturbación
más que naufragio en aguas impotables,
cerca de catástrofe.)

Cafienta un aroma del carnauba
de luna de la boca,
de op calor de ciprés;

un ~~espanto~~ ^{espanto} de hojas amarillas
me aprieta en la cintura
y el de noche
cuando emergen por las enietas
flores de vinagre.

Hoy, al cabo de tantos meses,
cuando tenía una compartida añoranza tuya
y nada más, te encuentro en el espejo.

Eras el mismo, inconfundible,
salvado de huracanes,
idéntico de siempre.

A ti sólo te bastó saberme todavía
emborronando la inmortalidad de los noviembrés
con el corazón colgado al aire.

¿Parecer que uno está vivo?
escriban ente resignado,
ciudadano pacífico.

Digan madre
o búcaro aromado.

Pongan nube del alba
en vez de barca pescadora.

No se jacten de hablar
pétalo, crepúsculo, labios,
niño, amor, planeta, primavera;
escriban poesía, dardo.

Digan azul
como si dijeran país bello
cuanto más lejano.

Pero no digan hombre,
griten muerte
en un corazón enamorado.

Estar llorando
en una habitación, en una cama,
tener las manos mojadas,
el pañuelo húmedo,
tener húmeda la almohada
y toda la sábana empapada,

es decir con los ojos rojos
el solitario lloro
de escribir una muerte
en medio del dilúculo.

Estas hojas del parque
son corazones prensados como cristal,
penas imprecisas y el quebranto.

La desolación acampa aquí
en clave tensorial.

Qué hojas funerales
desintegran el mediodía festivo
con sabor a salitre del océano!

qué muertes lleva el viento
en su locura sideral!

Era un muchacho serio y apagado
pero amigo fiel.

Una vez me dijo
que tenía el estómago lleno de hojas
Han pasado tres años.

Tengo su última carta aquí encima,
pero no podré olvidar aquella tarde.

Se sentó al pie del edificio
y se puso a tocar la flauta.
Al poco rato
varios hombres de uniforme
le rompieron la flauta en la cabeza,
le taparon con hojas la boca
y le metieron en la cárcel.

Hoy me escribe desde altamar.
No diré su nombre. Objetivamente
ya lo habrán adivinado.

Una fotografía desde una nave espacial.
Se percibe a simple vista al hombre
hastiadamente solo,
con átomos difuntos en la boca.

Parece visiblemente vivo.

Hay un inmenso reloj
y una bomba de plata en medio.

La fotografía es en color:
tierra azul,
luna y astros,
tinieblas amarillas
y un cielo en general amoratado.

(Es una gentileza del pasado vuelo
USA-URSS)

Existe un morado silencio íntimo
latiendo en el estricto hondón del diástole
como una lírica agonía inagotable
después de ese tiempo.

Tener veinte años amorosamente idos,
una laguna de minutos muriendo a hombre
para sufrir el amor impío y gozoso
de una muchacha extraña.

La luna y los astros del oscurecer escuchando
el sincronizado gemido de las sangres,
la obsesión por las rodillas y los besos.

Dar los paisajes de las afueras,
los libros de Cernuda, una música,
las piedras antiguas de la ciudad,
unas lilas de cumpleaños,
algún poema.

Fue como una muerte.

El adiós de sus ojos color de uva
quedó por siempre
bajo la triste P de los autobuses.

De poco sirve podar la esperanza
para no arruinarse calcáreamente
si un tangible moho subcorpóreo
divide escoria y ramas en la médula.

Porque se tiene conciencia de difunto
y nos navegan la sangre esquelas familiares
y tenemos el pulmón completo de hojas secas,
la última esperanza es escupir,
poblar el universo de gargajos,
vomitar con rabia
hasta desangrarse por la viva libertad
y por la futura alba planetaria.

Quizá responda alguien
a la imagen enfundada
de muerte
que alienta en la estación
de los olvidos.

El aire es duro
y seco
y hay sonrisas de alacrán.

Acaso un día
se sepa claramente
qué bestia suave,
qué demonio humano,
qué monstruo de sal
despedaza los otoños
y nos convierte,
desesperadamente
a destiempo,
en hondura vitral,
en torre de hojas,
en el muerto
que ocupa toda la mansión.

El otoño envejece el dolor,
persiste una hoja,
un intento fugitivo,
un ámbito,
un aura melancólica.

Se busca hastiadamente,
se escarba, indefenso, una esperanza
de seno materno o nube;

día no recuperado,
mirada de lienzo marino o arbolario,
río o lágrima huesaria,
derrotado espolón de soledades,
hombre o arcángel enclaustrado,

pero devorarse,
resucitarse hasta el alba
esperando el infinito y la raíz.

Tal como algo hallado en un camino,
con los ojos vacíos de lágrimas,
el diminuto corazón lunario espera
a toda una trinidad
para decirle en una noche oscura
el oculto y callado sufrimiento.

Este es el rostro de mi tierra.
El fondo es un hombre.
Tiene una hoja mustia en la boca
y la soledad.

Si son observadores: ojos de amor,
manos de libertad, alegrías conocidas,
sueños imposibles,
canciones escondidas,
sangre fértil.

Es otro de tantos.

Fíjense bien
en la muerte que lustra sus zapatos.

Es otoño y noviembre.

Porqué ese esputo
qué paraplasmo de los dioses
qué oculto cangro
nos esqueleta y enceniza;

Sobre la penisla agonizante
llora la tierra de los muertos,
se pudren los eclipses,

un espirómetro dulcísimo
se acerca a las encías,

qué unica y total esperanza imperdurable

Ay amigo: desde que marchaste a Italia
no me abandonó la hoja marchita con que fui
a despedirte.

Seguimos devorándonos en Madrid.

Recurro a esta carta para no perder los días
vividos con delirio, hipando penas, los versos
malditos y el hedor a vino y a seno.

Este invierno he envejecido.

Me estoy quedando solo y esto es más difícil
de aguantar.

Birgit M. Jensen y Laurent Koffi también se
marcharon a no sé qué montañas azules, dijeron.

La mujer de la pensión anda medio tísica.

Continúo manchando lienzos hasta el alba para
supervivirme.

La tertulia se ha convertido en lugar de cita.

Los poetas no salen a la calle.

Mi libro aún está en la editorial y no acaban de
publicarlo.

Este año le dieron el nacional de literatura
a Angel Palomino.

En fin.

A lo mejor yo también me marchó a algún lugar.

Escríbeme. No te mueras, y dime cómo sigue
Alberti.

Es la hora del despido y de la renuncia a tanta felpa,
al espanto de los musicales lechos pútridos,
la devolución de la clausurada cáscara de piel y su
[ciprés.]

Aunque la lluvia agite la cal,
siguen las ciudades endiademadas de pétalos de ce-
[menterio,
la calavera del sol amarillea las bóvedas difuntas,
agigantada en medio de las rosas celestes,
en la mitad del impenitente precipicio,
y las promesas bajan a las tumbas orinadas
de crisantemos de plástico y de hollín.

Es la hartura de tanto estúpido esteta transvestista,
de los clarinados padres del futuro universal
que predicán líricamente de estrellas podridas
y de huesas en cemento.

Es dimitir de las cándidas paz y libertad,
de los plácidos dioses escondidos
y de las diáfanas toperas.
Es marchar a las playas de nácar,
a lo lejano bello,
a alimentarse con la yerba de las soñadas colinas,
a aguardar desnudos, boca abajo,
a termonuclearnos con nuestros tantos años
y la tristeza
para el asilo celestial de los sepulcros.

Es decir adiós a la tan extranjera de mi como
[al principio,

a ti que no comprendes la pasión de los poetas
y los sueños hermosos de los locos,
ni comprenderás,
cuando se me cierren demasiado los ojos,
cómo te consagré los dilúculos de mi vida,
el llanto funerario de mi sangre deshaciéndose
[entre dos sábanas

cómo sigo consagrándote mi dulce vaso de ceniza,
amándote en lo desposeído,
condenado al olvido de una pésima esperanza
en la inmóvil soledad de las hojas,
siempre el mismo,
respirándote en el agujero del silencio,
siempre igual, yo,
tu muerto interminable, inalámbrico, impuro,
[inmítico.

OTOÑO 1972

INDICE

Introduzione e una lista di personaggi principali	1
Il racconto di Alberto	15
Il libro di Alberto	18
Il primo capitolo	21
Il secondo capitolo	27
Il racconto di una bella signora	31
Tutto un mondo	35
Il racconto di un altro	39
Il racconto di un altro	43
Il racconto di un altro	47
Il racconto di un altro	51
Il racconto di un altro	55
Il racconto di un altro	59

Introducción a una lírica de terremotos mentales

En el cemento silente	17
Bajar a la calle	18
Un viento oscuro	19
Sobre nosotros	20
En nombre de las bellas mentiras	21
Todas las noches	22
Pudrirse lucidamente	23
La calavera del sol	24
Una hoja catalítica	25
Será el día elegido	26
Ahora	27
Hoy, al cabo de tantos meses	29

¿Parecer que uno está vivo?	30
Estar llorando	31
Estas hojas del parque	32
Era un muchacho serio y apagado	33
Una fotografía desde una nave espacial	34
Existe un morado silencio íntimo	35
De poco sirve podar la esperanza	36
Quizá responda alguien	37
El otoño envejece el dolor	38
Este es el rostro de mi tierra	39
Es otoño y noviembre	40
Ay amigo: desde que marchaste a Italia	41
DESESPERADO DESAFIO	42

OBRAS QUE COMPONEN EL
FONDO EDITORIAL DE

“COMUNICACION LITERARIA DE AUTORES”

Director: VALENTIN GRAÑA PEREZ

POESIA

DEL CORAZON AL VIENTO,

de Carlos de Bilbao.

POEMAS DE RAFAEL MUGICA,

de Gabriel Celaya.

EL HOMBRE SABIA SU FRONTERA,

de Pablo Launtielma.

(Primer premio «150 Aniversario Champagnat»).

MARCO ANTONIO,

de Juan - Eduardo Cirlot.

LA TREBEDE,

de José María Fernández Nieto.

COMO RAIZ DE TIERRA ARIDA,

de Francisco Javier Aguilar Cela.

MI VOZ Y MI PALABRA,

de Waldo Santos García.

* POEMAS A REMEDIOS,

de Anselmo Cid.

DE RODILLAS,

de J. C. Gómez Alfaro.

ANTOLOGIA POETICA,

de Emeterio Gutiérrez Albelo.

LA ARENA Y EL TIEMPO,

de J. Mathéu y Alsedá.

(Premio «Candil de Oro»).

NOCTURNOS,

de Olga Arias.

ODISEA DEL PAJARO O EL SOL BRILLA EN

TODAS PARTES,

de Lucía Fox.

CATORCE SONETOS A LA RIOJA,

de Mario Angel Marrodán.

- LAS FUERZAS DEL MOMENTO,**
(Premio «Villa de Bilbao», 1970).
de Mario Angel Marrodán.
- TIEMPO DE ALEGRIA,**
de Justo Guedeja Marrón.
- DIFERENTE ULISES,**
de Eulogio Muñoa Navarrete.
- NUEVAS CANCIONES PARA ELISA,**
de Victoriano Crémer.
(Premio Nacional de Literatura).
- LA CLARIDAD COMPARTIDA,**
de José María Fernández Nieto.
(Premio Ciudad de Vitoria).
- ROSAS BLANCAS,**
de María Luisa G. de Sierra.
- A MI SON,**
de Ramón de Garciasol.
- HOMBRE A LA ESPERA,**
de José Costero.
- EL PRINCIPIO Y LAS ZARZAS,**
de Alfonso Villagómez.
- LOS SUEÑOS DESANDADOS,**
de Pura Vázquez.
- EL EMBLEMA DEL SUEÑO,**
de Manuel Pacheco.
- CON LOS OJOS DEL ALMA,**
de Carlos de Bilbao.
- * **SINUOSIDADES CORPORALES,**
de F. Cremades Arlandis.
- * **ORENSE CANCION,**
de Valentín Graña Pérez.
- ACUARELAS,**
de Olga Arias.
- LEJOS DE ESTA LLUVIA TAN AMARGA,**
de Victoriano Crémer.
(Premio «Ciudad de Barcelona»).
- LAS IMPLOXIONES,**
de Angel Guinda.

ENSAYO

SAPIENCIALES,

de Mario Angel Marrodán.

EL MARXISMO... ESE DESCONOCIDO,

de Jesús Fernández Lamuño.

ESPAÑA, ENTRE UNAMUNO Y MAEZTU,

de José Quintana S.

LA VENGANZA DEL EROS: HIPPIES Y FANS,

de Pablo Launtielma.

(Premio «Villa de Bilbao» de Ensayo).

LA MUELA DEL JUICIO (NOTAS PARA UN MITO
DE LA INSPIRACION),

de Mario Angel Marrodán.

(Título conmemorativo del Año Internacional del
Libro).

¿K. O. A LA JUVENTUD?,

de Francisco Lebrato Fuentes.

TEATRO

TIBERIO,

de Félix Alonso Royano.

LAS RIENDAS EN LA MANO,

de Lorenzo Guardiola Tomás.

(Premio «Ciudad de Valladolid»).

LAS RATAS ROEN LA SOGA,

de Gregorio G. Corral.

LA ALCALDESA DE ZARATAN,

de Leopoldo Cortejoso.

(Premio «Ciudad de Valladolid»).

ZAPATITOS DE GANCHILLO/DAMIAN,

de María Sanginés Fumero.

EL TRIBUNAL
de Raúl Calzado Almarza.

NARRACION

FRESAS CON NATA,
de Juan María Hernández Aguirre.
(Cuentos).

LA TIENDA AUSENTE,
de Antonio Fernández Molina.
(Relatos).

MANOS ABIERTAS A LA NADA,
de Luis Garrido.
(Novela).

EL TIEMPO PROMETIDO,
de E. Cerdán Tato.
(Premio «Guipúzcoa» de Novela).

EL GRANO DE ARENA,
de Luis Garrido.
(Novela).

LOS DESPLAZADOS,
de Juan José Suárez Losada.
(Premio Nacional Universitario de Novela Corta).

EL ARBOL DE LA NOCHE TRISTE,
de Emilio Morales.
(Novela).

CUALQUIER DIA DESPUES DE MAÑANA,
de Gonzalo Martín Marín.
(Novela).

TERTULIA CANARIA,

de Juan Sosa Suárez.

(Relatos).

LAS NOCHES DEL DIABLO,

de Alicia Canales.

(Premio «Villa de Bilbao» de Novela).

LOS AMANTES DE LA CABAÑA,

de Emilio Morales.

(Finalista del Premio «Villa de Bilbao» de Novela).

LA TUMBA DEL HETEO,

de Virginia Martínez del Castillo.

(Finalista del Premio «Villa de Bilbao» de Novela).

LOS MEJORES MOZOS DE LORAIN,

de J. R. Martín-Riezu.

(Novela).

EL HOMBRE DE LA BARBA,

de Esteban Sánchez.

(Relatos).

MUERTE POR INANICION,

de J. Jesús Sánchez Martínez.

(Novela).

TEMPORAL DEL NOROESTE,

de Enrique Azcune Vidaurrázaga.

(Novela).

UN DIARIO, DOS MUJERES Y EL AMOR,

de Emilio Ríos.

(Finalista del Premio «Villa de Bilbao» de Novela).

(Novela).

APUNTES DE UN HOMBRE,

de Daniel Olmo.

(Relatos).

... DE LA ISLA REDONDA,

de Carlos Platero Fernández.

(Relatos).

* **LA RUEDA Y LA FUENTE,**

de Angel Alvarez Pando.

(Cuentos).

COMIC

**DON CELES:
AVENTURAS
DE UN PERSONAJE
DE TINTA CHINA,**
de Luis del Olmo.
Tomo 25. Año 1972.
**LAS AVENTURAS
DE MARI AGUIRRE,**
de Juan Carlos Eguillor.
**DON CELES:
AVENTURAS
DE UN PERSONAJE
DE TINTA CHINA,**
de Luis del Olmo.
Tomo 26. Año 1972.

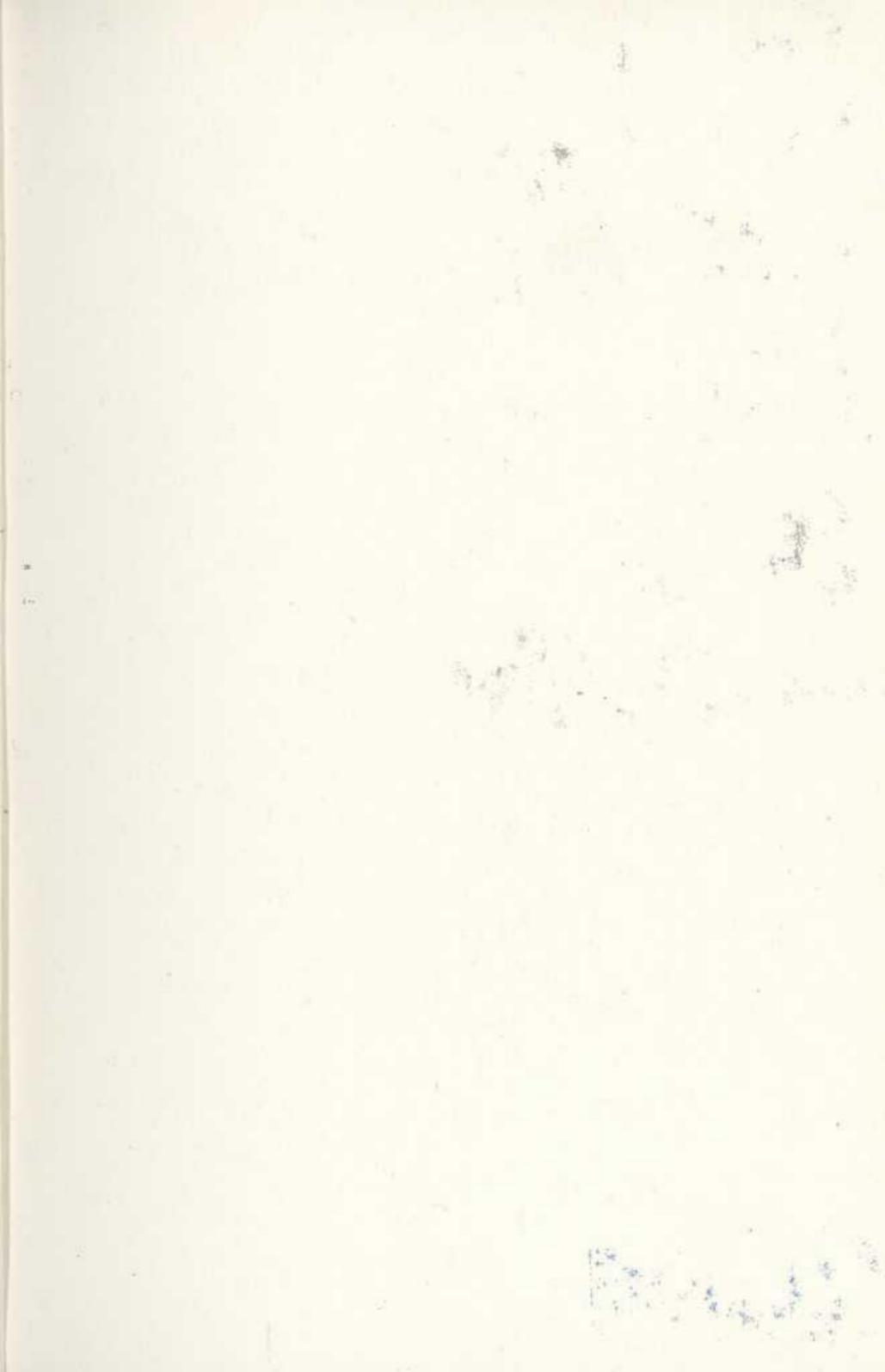


**INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA**

COPIE

DE LA BIBLIOTHÈQUE
NATIONALE
DE FRANCE
DE LA RUE DE LA HARPE
N° 173
PARIS
LE 15 OCTOBRE 1870
N° 10000

BIBLIOTHÈQUE NATIONALE
FRANÇOISE





ROBERTO IGLESIAS HE-
VIA nació en Santa Cruz de
Mieres (Asturias), el 19 de
agosto de 1946. Es licenciado
en Filosofía y Letras. Última
la publicación de su tesis
doctoral en Filología Romá-
nica "Los Ilirios en el Valle
de Aller y la fundación de
Collanzo (Mieres) por el
príncipe Carabantius". Esta
misma editorial le publicará
en breve "Amorario I". Tie-
ne, asimismo, concluidas las
novelas "Dilículo del polvo
enamorado" y "Babeloico".



